

LOS PROBLEMAS IMAGINARIOS:
Francisco Ayala, Juan Marichal y Américo Castro
en el debate sobre España

EDUARDO CREUS VISIERS
Università degli Studi di Torino

Recepción: 14 de octubre de 2022 / Aceptación: 14 de diciembre de 2022

Resumen: En la década que precede al fin del franquismo, destacados intelectuales liberales reflexionan sobre España en diversos escritos que la editorial mexicana Finisterre difundirá en los volúmenes de su colección «Perspectivas españolas». Sin intención de prolongar el debate sobre el problema patrio, cuya superación ya vislumbran, los textos de Francisco Ayala, Juan Marichal y Américo Castro aquí examinados constituyen un diálogo y una reflexión política en torno al alcance y los límites del pensamiento nacionalista español.

Palabras clave: nacionalismo, problema de España, exilio, posguerra, Editorial Finisterre.

Abstract: In the years preceding the end of the Franco period, some important liberal intellectuals reflected on Spain in writings that the Editorial Finisterre published in the collection «Perspectivas españolas». The texts by Francisco Ayala, Juan Marichal and Américo Castro, examined in this paper, do not intend to prolong the old debate on the national problem: they are a dialogue and a political reflection on the meaning of Spanish nationalist thought.

Keywords: nationalism, problem of Spain, exile, postwar, Editorial Finisterre.

Mediada la década de los sesenta del pasado siglo, la editorial Finisterre, fundada en México por el exiliado español Alejandro Campos Ramírez (1919-2007), empezó a publicar en su colección «Perspectivas españolas» una serie de libritos de contenido

político y cultural concebidos en función de los cambios históricos que se anunciaban para España en un futuro ya razonablemente próximo. Abría la colección *El nuevo pensamiento político español* (1966) de Juan Marichal, al que luego siguieron, entre otros, dos importantes recopilaciones de ensayos: *España y la cultura germánica. España a la fecha* (1968), reedición algo ampliada de un libro de Francisco Ayala publicado tres años antes, y los volúmenes en que Américo Castro reunió, bajo el título *De la España que aún no conocía* (1972), una vasta selección de artículos suyos aparecidos en distintas épocas¹. Tema recurrente de aquellas obras era la expectativa de recuperación de la democracia en España, si bien los planteamientos de sus autores distaban de ser convergentes y las circunstanciales observaciones de carácter programático no obedecían a ninguna especie de convenida estrategia. Más parecía tratarse de un mero confluir de materiales diversos, aptos para el debate. Acuerdos y desacuerdos sobre cómo interpretar la realidad española emergían en las páginas de los textos a modo de testimonio de la larga discusión en torno a la esencia e identidad nacional. En el momento en que el libro de Ayala se publica en Finisterre, resonaban aún los ecos de la última polémica importante sobre el asunto, surgida entre Claudio Sánchez-Albornoz y Américo Castro, en cierto modo heredera de las elucubraciones noventayochistas que, tras la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, dieran pábulo a la inquietud sobre el destino histórico de una España percibida en la fase terminal de su largo

¹ En carta a Francisco Ayala fechada en México, D. F. el 10 de junio de 1966, escribe Max Aub: «No sé si conoces a un editor de nombre Alejandro Finisterre. Quiere hacer una serie: “El nuevo pensamiento político español”. Ya está en prensa el primer tomito, de Juan Marichal. Le pido textos a Aranguren, Galván, Ridruejo. Como es natural le he prometido, para en seguida, un tomo o tomito tuyo. A ver qué tienes, a ver qué quieres publicar» (Aub y Ayala, 2001: 151). Una semana después responde Ayala advirtiendo al amigo que de momento no tiene nada disponible. Aub insiste el 14 de noviembre de 1967: «Te escribo rápidamente estas líneas porque Alejandro Finisterre tiene gran interés en publicar inmediatamente un libro tuyo para su colección de temas españoles donde ya Marichal publicó uno. Puedes reunir varios ensayos con un total de unas ciento cincuenta cuartillas. La colección se llama “Perspectivas españolas” y puedes decir lo que te dé la gana» (Aub y Ayala, 2001: 157). En carta a Aub (24 de noviembre) propone Ayala su *España a la fecha* con el añadido del prólogo que en 1966 redactara para la traducción alemana —*Spanien Heute*, publicada ese año en Berlín—, oferta que Finisterre acepta. El libro de Ayala en Finisterre reproduce exactamente la primera edición de Sur, aparecida en 1965 en Buenos Aires, y antepone a los textos allí recogidos el citado prólogo, cuyo título se incorpora al del volumen. Por su parte, Juan Marichal aún en su libro para Finisterre conferencias y artículos publicados en revistas desde 1961, algunos bastante ampliados y corregidos. Y Américo Castro presenta en tres volúmenes *De la España que aún no conocía*, recopilación de artículos publicados casi todos en la prensa entre 1914 y 1967. Además de estas tres obras —cuyo parcial análisis nos ocupará en las páginas que siguen—, en la colección «Perspectivas españolas» aparecieron, durante el decenio que precedió al fin del franquismo: *Cartas a las nuevas generaciones españolas* de Pedro Abarca (seudónimo de José Ramón Arana), *Cartas son cartas* de Manuel Andújar, *Los republicanos españoles* y *Gibraltar* de Mariano Granados, el volumen conjunto *La república española existe*, el libro de Manuel Durán *De Valle-Inclán a León Felipe y Ni caudillo ni rey: república*, de Fernando Valera.

proceso de decadencia². También Ayala había suscitado las críticas de Sánchez-Albornoz a propósito de su ensayo *Razón del mundo*, publicado en 1944 por Losada y reeditado en 1962 por la Universidad Veracruzana. El prólogo de Ayala a aquella nueva edición, en el cual daba respuesta a algunas objeciones hechas a su libro, aparece reproducido en *España a la fecha* (Sur, 1965 y Finisterre, 1968).

En esas páginas liminares alude Ayala en primer término a las esperanzas que el desenlace de la segunda guerra mundial pudo alentar entre los españoles derrotados en 1939; esperanzas luego desmentidas por la pervivencia del régimen franquista en la Europa posbélica. Aquella suerte de paradoja histórica que era la larga subsistencia del franquismo en el contexto europeo, no prevista por Ayala cuando en los años cuarenta publicó *Razón del mundo*, hacía oportunas en la reedición del libro nuevas consideraciones desde la perspectiva del tiempo transcurrido, así como un encuadre de la obra en el debate sobre el «problema de España». La lectura en clave nacionalista del «problema» interesaba a Ayala porque eran precisamente los postulados de tal ideología los que habían dominado en la Europa de entreguerras, sobreponiéndose a la tendencia internacionalista del socialismo y determinando el porvenir del continente. Concluida la guerra civil española y en la alta marea del pensamiento totalitario europeo, Ayala había reflexionado sobre ello en *Razón del mundo*:

Era muy natural que enfocara dicha situación desde mi perspectiva española, puesto que, como todos los españoles, me había hallado ineludiblemente envuelto en una guerra civil que era, por un lado, consecuencia extrema del tan debatido «problema de España», y por el otro, iniciación de la gran crisis hacia un nuevo período de la historia universal donde aquel problema había de quedar, no ya resuelto, sino disuelto. Porque, claro está, el famoso problema de España no es sino un resultado de la inadecuación de las categorías del nacionalismo, vigentes en Europa, para interpretar la realidad de un país que había sido primera potencia mundial, y cuya historia debía verse desde esa cumbre como el proceso de decadencia de una nación, «nación» que, hablando con rigor, nunca había llegado a serlo, como por otro lado, tampoco lo fue nunca el Imperio británico (Ayala, 1968: 114-115).

En el caso de España, el riesgo percibido fue el de la disgregación de la unidad territorial, tal como en 1922 sostuvo Ortega de modo categórico en *España invertebrada*, tras observar que la crisis del 98 parecía haber puesto en evidencia

² La persistencia de la célebre polémica entre Castro y Sánchez-Albornoz la confirmaba en 1971 Stephen Gilman: «Aún no ha llegado el momento en que el historiógrafo pueda emprender el relato completo de la “querrela” sobre el pasado de España, que se inició con la publicación de *España en su historia* (en 1948), y que aún no se ha extinguido» (Gilman, 1971: 127). En 1975, José Luis Gómez-Martínez pudo ya ofrecer una exposición exhaustiva de aquella larga controversia en su estudio *Américo Castro y el origen de los españoles: historia de una polémica*.

lo irreversible del proceso. La reacción compensatoria de la intelectualidad española de fin de siglo no había implicado ningún serio empeño renovador, para el cual faltaron las capacidades o las energías, pero sí una afirmación exacerbada de los tradicionales parámetros de unidad nacional étnicos, históricos y lingüísticos. Los noventayochistas habían tenido mucha responsabilidad —pensaba Ayala— en el empeño anacrónico e ilusorio de restaurar la creencia en un ideal hispánico inspirado en grandezas imperiales, es decir, en una imagen retórica del pasado alentada a la luz mortecina del presente de signo poscolonial. La España de fin de siglo había vivido en el ambiente de tensiones generadas entre un nacionalismo liberal burgués que a juicio de Ayala nunca acabó de imponerse en España y el rancio tradicionalismo católico-absolutista, baluarte de la concepción de Estado puesta en crisis. En su interpretación, había sido en el frente más liberal donde se atisbó la posibilidad de una España nueva, traída de la mano de cierto tardío pensamiento nacionalista de formulación autóctona y débil sustancia. La contaminación del discurso nacionalista en los sectores más tradicionalistas favoreció que se perfilara la idea de las dos Españas inconciliables y azuzó el conflicto interno, del que la guerra civil sería extrema consecuencia. Pero andando el tiempo y a punto de terminar la segunda contienda mundial, Ayala llegó a la conclusión de que la ideología nacionalista, en proceso de ser desautorizada en toda Europa por el mismo devenir histórico, había empezado a perder fuerza sin haber aportado soluciones al caso español. No sorprendía, pues, que la discusión sobre el problema de España hubiese quedado en punto muerto, incapaz de resolver el tan traído y llevado asunto:

El «problema» de España, que con tanto ahínco habían debatido las generaciones anteriores, empezaba a perder sentido, pues la fase histórica de las nacionalidades estaba concluyendo sin que España hubiera llegado a ser de manera plenaria una de ellas. Su burguesía no había alcanzado nunca el desarrollo suficiente, ni por lo tanto había podido integrar a las poblaciones peninsulares en una «nación», ni territorialmente, pues al nacionalismo español se oponían el vasco, catalán, etc., ni tampoco en profundidad social. A esto se reducía en último análisis el contenido de mi ensayo. Si mi tesis era cierta, ¿a qué seguir machacando en hierro frío? Más valía, en cambio, aplicarse a considerar las oportunidades que el futuro ofrece a quienes —por razones que yo procuraba aclarar— la camisa nacional nos viene tan estrecha (Ayala, 1968: 119-120).

La idea de que la fase histórica de las nacionalidades estaba llegando a su fin fue una impresión generalizada en la Europa de la segunda posguerra, y fue una impresión errónea. En primer lugar, porque el impulso integrador no provenía, como ya señaló Walker Connor (1976), de propensión alguna al cosmopolitismo, sino del mero temor a ver resurgir tarde o temprano aquel feroz etnonacionalismo que

arrastrara al continente al caos y a Alemania al desastre. Además, el proyecto de integración europea no suponía necesariamente decaimiento de los nacionalismos, pues nada iba a impedir a la Europa unida seguir siendo la Europa de las patrias. Ayala no percibió o bien descuidó estos aspectos y en 1962 persistía en aquel mismo optimismo que dos decenios atrás le había animado a considerar el nacionalismo como «hierro frío» con que ya nada iba a fraguarse. Pese a este error de perspectiva, lo cierto es que, en su aplicación a la circunstancia española, sus ideas habían supuesto la apertura a una visión alternativa —bien que poco atendida— del debate interno. Si España no se había afirmado como nación en el campo histórico, ¿a qué tanto esfuerzo por comprender un «alma nacional» española que empezaba por no existir? Semejante punto de partida, negador del principal axioma del nacionalismo español, explicaba que las críticas a *Razón del mundo* hubieran provenido de diversos frentes. Las adscritas a una visión tradicionalista llegaron sin tardanza y no debieron de sorprenderle: el rechazo de Sánchez-Albornoz a sus ideas podía ser asumido y hasta tenido por constatación de la validez de sus presupuestos³. Más agria debió de resultarle a Ayala la objeción tardía de Juan Marichal, expresada en su artículo «Some Intellectual Consequences of the Spanish Civil War», publicado en la revista universitaria norteamericana *Texas Quarterly* en la primavera de 1961. Marichal observaba allí que una de las consecuencias del exilio español en América había sido el redescubrimiento, por parte de muchos intelectuales liberales, de aspectos de la propia historia tradicionalmente vinculados al pensamiento conservador. El hallazgo de unas Españas casi incógnitas en territorio americano pudo animar entre aquellos liberales transterrados procesos de recuperación del pasado nacional que, aun sin ser homologables con ninguna especie de apología de la conquista o del régimen colonial, sí eran susceptibles de incurrir en actitudes *regresivas*, en el fondo no tan distantes de las del reaccionarismo español. Dolido por el reproche de Marichal, en el prólogo de 1962 a la reedición de *Razón del mundo*, Ayala se apresuraba a contestarle:

Y en cuanto al señor Marichal, me limitaría a asegurarle que si se tomara la inútil molestia de repasar viejos números de la revista española *De Legislación y Jurisprudencia* encontraría publicado en ella, hacia 1930, el texto de una conferencia leída por mí en la Universidad de Berlín a propósito de una proyectada Unión Europea, y comprobaría que, para aquellas fechas, y aun sin haber pensado yo por entonces en cruzar el

³ En las páginas de la revista bonaerense *Realidad* (1947) se dirimió la polémica entre Sánchez-Albornoz y Ayala. Este último, en réplica a la acusación de ligereza en sus interpretaciones de la realidad española, afirmaba: «Con dolor, sí, con alarma, con vigilancia, mas también con una esperanza razonable y ya sin los sudores y espantos de quienes se debatían frente a indescifrable enigma, podemos hoy afrontar nuestro común destino, poniéndola en términos comprensibles, no por mérito de ninguna especial clarividencia, sino porque el enigma se ha solucionado al soltarse el nudo de la angustia» (Ayala, 2009: 415).

Atlántico, ya tenía cierta noticia de Hispanoamérica y sostenía frente a ella una posición sustancialmente análoga a la que él atribuye a mi experiencia del exilio (Ayala, 1968: 118)⁴.

La relativa aspereza de la respuesta puede explicarse si se considera que Ayala juzgaba el reproche proveniente de una errónea interpretación de sus intenciones, que no habían sido las de aproximarse a postura nacionalista alguna —y menos aún en su vertiente más conservadora—, sino las opuestas. Ni la crítica de Sánchez-Albornoz primero, ni luego la de Marichal, parecían distanciarse, en cambio, de aquella perspectiva que ahora se le atribuía. Y lo cierto es que muy pronto había advertido Ayala que el pensamiento nacionalista era un enfoque del todo infructuoso para entender la circunstancia española —entendimiento imprescindible para lo que en *Razón del mundo* definiera como «última esperanza de salvación» de la cultura hispana—, así que un reparo como el de Marichal solo podía deberse a grave incompreensión del sentido de su libro. La respuesta de Ayala no era conciliadora, y claro quedó que nada se había zanjado cuando en 1966 publicó Finisterre *El nuevo pensamiento político español* con la traducción española del artículo de Marichal, presentado ahora «en versión muy diferente», pero en el que parecía seguir en pie el reproche:

En la primera versión de estas páginas (en el número especial sobre la España contemporánea de la revista *Texas Quarterly*, primavera de 1961), y al ocuparme de algunos aspectos del importantísimo libro de Francisco Ayala, *Razón del Mundo* (Buenos Aires, 1944), aludí a la actitud «regresiva» del intelectual español transferrado en la América de lengua castellana: quería evitar, por supuesto, el empleo de vocablos equivalentes a «reaccionario», pero no quería tampoco soslayar el hecho mismo de «regreso» mental de los intelectuales españoles hacia «tierras» pretéritas de su pasado nacional. Mi amigo Francisco Ayala (sin duda una de las cabezas más claras del mundo de lengua castellana y uno de los más tempranos «descubridores» de la realidad americana) interpretó mi comentario de su libro como una velada acusación de nacionalismo conservador: véase la referencia de Ayala a mis páginas en su librito *España a la fecha* (Sur, Buenos Aires, 1965, pp. 105-108: quizá uno de los más precisos y profundos ensayos sobre la realidad actual de España). No puedo reprochar, desde luego, al español liberal que

⁴ Si Marichal se tomó esa no inútil molestia, pudo constatar en el lugar indicado —el artículo «Sobre el punto de vista español ante la propuesta de una Unión Federal Europea» publicado en la *Revista General de Legislación y Jurisprudencia*— que Ayala había propuesto una integración española en el proyecto Briand que no amenazara los tradicionales vínculos peninsulares con el contexto americano, esto es, «una especie de unión donde España encontrase las ventajas de la solidaridad e inteligencia europeas, sin verse por ello forzada al sacrificio de su personalidad histórica y a la separación de su mundo espiritual» (Ayala, 1931: 64).

es Ayala su sentirse «herido» por mi alusión: mas creo que mi observación se apoyaba en datos y textos «comprobatorios» (Marichal, 1974: 69-70).

La explicación era oportuna, porque, en definitiva, de superar el famoso «problema» se trataba en ambos casos: al margen del discurso nacionalista en el de Ayala, y dentro de esa órbita en el de Marichal pero hacia su resolución por la vía indicada con lucidez por José Gaos en 1946. En aquel año se había publicado en México un libro singular, *Retablo hispánico*, volumen colectivo que albergaba textos sobre muy diversos aspectos de la cultura española compuestos por intelectuales en el exilio. Entre los ensayos más notables se contaba el de Gaos, «La decadencia», en el cual sostenía su autor que tal concepto, aplicado a la historia española, no podía justificarse en hechos sucedidos en el pasado, sino en los del presente y, sobre todo, en los futuros; o dicho de otro modo, que todo pretérito era de signo negativo solo en función de sus repercusiones en un porvenir siempre abierto. «Bastará que cambien las estimaciones —afirmaba Gaos (2007: 217-218)— para que lo que se estimó decadencia deje de estimarse tal, pueda llegar a estimarse superiormente [...]. *Porque el pasado no es una realidad acabada, completa, sino que van acabando, que van completando los sucesivos presentes*».

Si España resultaba extemporánea o excéntrica en su contexto occidental era solo por la vigencia de aquella estimativa. Lo cual significaba que la posibilidad de liberarse del sambenito no pasaba por negar de modo dogmático el declive histórico, tal como el tradicionalismo español venía haciendo de modo tan obstinado, sino por adoptar valores alternativos a los del moderno determinismo del que procedía el inapelable veredicto. Solo así la percepción cambiaría, y consecuentemente, la misma historia. Marichal argüía que tampoco aquella audaz idea sobre la posibilidad de corregir el pasado y «quitarnos la decadencia» hubiera podido plantearse antes de la guerra civil con la misma convicción con que en 1946 lo hizo Gaos desde su exilio. El desastre de la guerra había puesto en marcha procesos revisionistas del pasado cuyas repercusiones habrían de ser decisivas para el pensamiento político español. Las entrevistas soluciones de Ayala en 1944 y de Gaos dos años después eran de algún modo producto de aquel replanteamiento actualizado en el exilio. Y lo mismo sucedía con Américo Castro, cuya *España en su historia* había constituido en 1948 una «alteración fundamental» en el modo de concebir la historia patria. La de Castro era una meritoria labor de clarificación y desmitificación, desde perspectiva americana, cuyos efectos podían resultar solo benéficos:

Américo Castro no podía adoptar la postura diplomática ante la propia cultura, ante la realidad histórica de España, porque en ello le iba la vida, de ahora y de lo que venga: mi maestro sentía que el porvenir de España (y lo sigue sintiendo en sus fecundos y jóvenes ochenta años), tras el horror de la guerra civil, dependía sobre todo de los españoles que tuvieron el coraje

indispensable para bajar a las simas del alma colectiva hispánica: y que no carecieron tampoco del orgullo de afirmar los valores estéticos y humanos de la acción creadora española. De ahí que hoy, entre historiadores y sociólogos, la historia de España vuelva a ser una realidad merecedora de investigación cuidadosa: diríamos, en suma, que Américo Castro ha hecho que desde América y en América se *descubra* a España. Por otra parte, quizá no sea arbitrario mantener que la obra de Américo Castro es hoy, en la España de esta hora, un importante factor intelectual «hacia el futuro» (Marichal, 1974: 72-73).

Tal beneficio lo exponía Marichal en los términos de un pensamiento de cariz nacionalista, cuyo encuadre en la proyección exterior del país en nada cambiaba su sustancia. Bien diversa era la posición de Ayala al pensar España inserta en el contexto europeo o, según sus palabras, en «la realidad fluida de nuestro mundo actual». Persuadido, como hemos visto, de que, una vez clausurado el largo ciclo de consolidación de las naciones, estas se hallaban en proceso de integrarse en más amplias estructuras, advertía Ayala en el pensamiento nacionalista español un anacronismo «un tanto delirante» y de muy incierto porvenir: «cabe predecir que sucumbirá en el olvido, y así ha de ocurrir frente a las nuevas circunstancias que se dibujan para el futuro próximo con la unidad europea» (Ayala, 1968: 125). Con todo, denunciaba cierto persistente sustrato nacionalista en el pensamiento liberal más dispuesto en apariencia a combatir sus prejuicios, y ejemplo de ello era, precisamente, la labor historiográfica de Américo Castro. Igual que Marichal, Ayala partía de *España en su historia*, la obra en que se había anunciado un cambio de percepción profundo sobre el significado de una España ya no concebida como monolítica esencia intemporal o trascendente proyecto, sino como producto del conflictivo discurrir de la historia. Pero Castro había abandonado pronto sus presupuestos para invertir la ruta en busca de un sólido factor identitario hispánico en la situación de coexistencia de las tres religiones monoteístas en territorio peninsular. Tal como Ayala lo veía, emplear conceptos inamovibles —y por tanto al margen de todo vínculo con el observador actual— era el común proceder de la historiografía supuestamente combatida por Castro, y ninguna interpretación histórica alternativa podía abrirse imitándolo.

A Ayala parecía interesarle, sobre todo, señalar que la tesis de Castro no había representado ninguna alteración fundamental en el tradicional modo de ver nuestra historia (como sí lo creía, en cambio, Marichal), sino que en realidad procedía a sustituir mitos aurorales como el de la España prerromana o el de la heroica Reconquista por un corte radical en la historia peninsular, reemplazando la famosa «alma nacional» por el no menos artificioso concepto de su «vividura». Es decir, que en fin de cuentas cambiaba las viejas interpretaciones por una nueva idealización, más castigada acaso y más sutil que las del tradicionalismo a ultranza, pero en definitiva ensalzadora del mismo mito de la acción creadora del *alma hispánica* que aquel tradicionalismo había abanderado siempre. Era así como a

Castro «el esencialismo romántico, expulsado por la puerta, ha vuelto a metérsele por la ventana» (Ayala, 1968: 127), dejando la vieja disputa sobre la esencia de lo español estancada en presupuestos que ninguna claridad aportaban. Un mayor rigor metodológico habría prevenido a Castro de este error y de la muy discutible opinión de que la historia es memoria colectiva. Porque fuera lo que fuese la historia, lo cierto era que a todo individuo le llegaba en la forma de un conocimiento heredado, pero no como verdad inamovible, sino en función de las concretas circunstancias de su tiempo:

La historia se aprende, se recibe por tradición, como el resto de cuanto integra la que se ha llamado «nuestra herencia social». De esta herencia, del tejido complejísimo que forman las estructuras sociales valorativamente sostenidas y orientadas, algunas, aquellas que instrumentan de manera más directa las decisiones de destino, a saber, las instituciones políticas, lo que en término abstracto llamamos hoy el Estado, son las que circunscriben, moldean y configuran al sujeto colectivo de la historia; y nada de extraño tiene, siendo así, que desde el Renacimiento en que empiezan a constituirse los modernos Estados soberanos, hasta la Segunda Guerra Mundial que los ha privado de ulterior viabilidad, la historia haya elaborado los materiales del pasado desde perspectivas nacionales (Ayala, 1968: 131-132).

Toda visión histórica se ordena retrospectivamente en función de las circunstancias presentes, y el pasado es —como también lo había sostenido Gaos— materia dúctil. Por ello, observaba Ayala llevando esta idea a su lógica consecuencia, Séneca podía ser o no español según conviniera en una determinada circunstancia; los numantinos lo habían sido para Cervantes, al igual que lo fueron durante la guerra de independencia o en el Madrid sitiado de 1936. Los mitos de que la historia está hecha se construían desde el presente y su validez era la que el presente les otorgase. Para Ayala, Castro había sido infiel a sus presupuestos de 1939, según los que toda construcción histórica debía ser vista como expresión de la vida del historiador. Al indagar sobre la *esencia* nacional, concebida como principio inamovible, no había tenido en cuenta que la historia, «como función de la vida actual», se construye siempre desde el presente y a partir de dinámicos conceptos. La insuficiencia del enfoque de Castro acababa por aflorar, a juicio de Ayala, en sus páginas comprometiéndolo el resultado, y eran sus contradicciones y perplejidades las que testimoniaban la crisis de la perspectiva nacionalista y la urgencia de un planteamiento alternativo. En cuanto a la popularidad de su obra, esta se explicaba como síntoma de una necesidad revisionista del común pasado desde nueva angulación: los desvelos interpretativos de Castro habían sido percibidos por muchos como plenos aciertos en la tentativa de arrojar esa nueva luz, y en consecuencia acogidos y emulados con entusiasmo. Eran aciertos parciales. A la incapacidad de Castro de escapar de la celada nacionalista —que habría llevado al historiador a lo

que de manera hiperbólica definía Ayala como una «sima de desesperación»— se sumaba el serio inconveniente de su ausencia de contacto con una realidad práctica española ya demasiado tiempo en estado de excepcionalidad dentro de su contexto europeo. Tal distanciamiento podía solo contribuir a perpetuar su imagen *fantasmal* de España⁵.

El severo juicio crítico de Ayala era el exacto opuesto del que ocho años antes diera Marichal en *La voluntad de estilo* (y ratificara en el artículo traducido en 1966 para Finisterre), según el cual la labor historiográfica de Castro era encomiable precisamente por haber hallado en la vida española de su tiempo la clave para comprender la historia patria. Frente a ciertos epígonos del positivismo, Castro había demostrado una particular sensibilidad hacia aquel estrecho vínculo: «él ha sentido que para conocer el pasado es menester haber vivido intensamente el presente» (Marichal, 1984: 183). Consciente de los riesgos de la operación emprendida en *España en su historia* —y revisada en *La realidad histórica de España*—, Marichal afirmaba que no había de verse en la obra de Castro una nueva «España defendida», y destacaba el hecho de que no hubiera en ella retórica laudatoria ni lamentación reformista, sino el lúcido reconocimiento del factor humano que siempre alienta, y debe por ello escucharse siempre, en medio de las tensiones y diferencias más inconciliables. Tal obra no quedaba dentro del cerco de los afanes apologeticos del discurso histórico interno, sino que pertenecía a la corriente historiográfica europea que había explorado con mayor lucidez la propia conciencia occidental, y sobre todo constituía una reflexión histórica que, al desbordar los límites de su análisis, ingresaba en aquel mismo ámbito espiritual y creativo profundamente hispánico que era objeto de sus indagaciones:

¿Y no es acaso también *La realidad histórica de España* una de las obras magnas de la gran tradición historiográfica europea, la autognosis de una profunda conciencia occidental? Pero, sobre todo, el pensamiento historiográfico de Américo Castro es la acabada manifestación de la «morada vital» hispánica: al dejar de lado los modos y datos de la historiografía tradicional y al buscar aquellos testimonios que revelan al «hombre esencial», llega a «escribir la historia de un pueblo [el suyo] casi como una confesión». De ahí que al penetrar en el ámbito espiritual de *La realidad histórica de España* se sienta la presencia simultánea del dinamismo dramático de la ideación unamunesca y la profunda unidad «velazqueña» (tan esencialmente hispánica según Américo Castro) del autor y su propia creación (Marichal, 1984: 185).

⁵ Un año antes había escrito Leo Spitzer: «En 1948, cuando publicó Stern su comentario sobre los poemas mozárabes, aparecía el libro de Américo Castro *España en su historia*, una grandiosa fantasmagoría en la que se describe y aparece el carácter nacional español como un conjunto fijo, petrificado, de maneras de pensar y reaccionar, como una especie de *Dauerspanier* o español eterno» (Spitzer, 1961: 71).

Castro había investigado acerca de los impulsos vitales sobre los que se fue fraguando la historia peninsular en busca de un principio orgánico que explicara el caos. La desastrosa guerra civil de 1936 había provocado en él fuerte impacto: no había dado lugar a un cambio profundo en su visión histórica, pero sí le permitió constatar tempranas intuiciones sobre el drama de España⁶. Los acontecimientos del presente eran clave de la historia, igual que podía serlo cualquier testimonio de una vivencia pretérita representativa a que el observador actual tuviera acceso. Desde esta objetivación del testimonio personal y de la expresión íntima que la literatura española ofrecía en abundancia, era posible relacionar las percepciones subjetivas y la estructura social con vistas a dilucidar lo que España era. Esto exigía, a su vez, que se clarificase en primer término el intrincado problema del origen histórico del ser español, situado por Castro en el momento en que, tras la invasión árabe de la Península, se dieron las circunstancias para el surgimiento de su «morada vital». Reconocía Marichal (1984: 186) que semejante tesis no podía sino suscitar perplejidad y resistencias entre los eruditos más apegados a las viejas concepciones, pese a que la idea de Castro ofrecía «los sólidos fundamentos de la verosimilitud historiográfica», y ello bastaba para que su aceptación progresiva acabase por operar un cambio profundo en la idea del pasado español. Al afirmar esto último, Marichal no estaba teniendo en cuenta que ninguna «verosimilitud historiográfica» (ni aun si la amparaba la *auctoritas* de Ortega, tan sugestivo como parcial y hasta arbitrario en esos terrenos) podía ofrecer el grado de certeza necesario para sostener cambio semejante. La «morada vital» construida sobre tal verosimilitud estaba sujeta por ello mismo a objeciones, que aconsejaban mayor cautela antes de erigirla en fundamento de una seria reconstrucción histórica sustitutiva. Puede agregarse que, si era cierto que las precedentes interpretaciones adolecían de escasez en cuanto a documentación fidedigna, no parecía la mejor respuesta ir a buscar nuevas pruebas en la escritura autobiográfica o en las formas de expresión íntima de los textos literarios si se trataba de lidiar en el terreno del rigor histórico⁷. Quizá por todo ello Ayala advertía en la obra de Castro no tanto la conquista del saber historiográfico reivindicada por Marichal, cuanto la materia sobre la que se proyectaban anhelos de una renovada visión de España surgidos en nueva coyuntura.

No cesaría Marichal en su empeño de defender la obra de Castro de las concretas objeciones de Ayala. En «El pensamiento español transterrado», trabajo

⁶ A propósito de esta idea de Marichal, véase Manuel Durán (1971: 87). Y sobre la periodización de la obra de Castro, ver Araya (1967: 7-55 y 1983: 27-47).

⁷ Para el objeto historiográfico perseguido por Castro estas fuentes resultan, en cambio, imprescindibles: según Paulino Garagorri, «el “método” de Castro, al leer entre líneas en busca de supuestos, de convicciones que por sabidas se callan, a través, preferentemente, de los documentos literarios, es una operación adecuada para alcanzar el sujeto de la historia: la vida humana y la auténtica significación de sus operaciones en un tiempo dado y en el curso de los tiempos» (Garagorri, 1984: 72).

publicado ya en 1981 y recogido en *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, vuelve sobre el prólogo escrito veinte años atrás por Ayala a *Razón del mundo* para subrayar, bien que en tono comedido, la injusticia que allí se cometiera con la obra de Castro:

Para Ayala, Américo Castro ha sido infiel al pensamiento historicista que el mismo Castro había expresado al iniciar en 1939 su reconstrucción de la historia española [...]. No es la ocasión ahora, por otra parte, de entrar a considerar en qué grado Ayala es injusto en su crítica del pensamiento de Américo Castro: mas recordemos, de paso, que Ayala criticó más severamente, la obra posbélica de Sánchez Albornoz, el gran rival de Castro. Conviene recordar de nuevo que Ayala sentía que la enorme catástrofe española de 1936 había marcado el final de todos los nacionalismos intelectuales, más o menos ganivetenses: y que era indispensable iniciar una interpretación de la historia menos atribulada que la de Castro y, por supuesto, muy diferente a la de Sánchez Albornoz (Marichal, 1984: 220-221).

Pero la guerra civil española y la segunda guerra mundial no habían dado al traste, en el pensamiento de Ayala, con idearios nacionalistas «más o menos ganivetenses», sino con el nacionalismo en bloque, descalificado sin paliativos. Castro había sido objeto de la crítica de Ayala en ese terreno por la misma sustancial razón alegada contra Sánchez-Albornoz, y el esfuerzo de Marichal por establecer algo así como una gradación en esa crítica, pese a no carecer de fundamento —alguna vez Ayala había reconocido la genialidad de la obra de Castro y sus indiscutibles méritos—, no libraba al autor de *La realidad histórica de España* de la seria objeción. Era, pues, conveniente acudir a argumentos más sólidos, y el filosófico podía serlo suficientemente, para matizar la crítica de Ayala:

Ferrater Mora ha leído a Américo Castro con todo el respeto y la atención que merece. En primer lugar, Ferrater comprendió que Américo Castro no se había abandonado a la desesperación, como había indicado Ayala. Además —sin negar la validez de algunas de las objeciones de Ayala a Castro—, Ferrater mostraba que el pensamiento historiográfico de Américo Castro debía situarse en el amplio contexto de las filosofías que acentúan la importancia de la experiencia interior o «endopatía». O sea que Ferrater (en cuanto filósofo) ve con ojos más ecuánimes que los de Ayala el pensamiento de Castro (Marichal, 1984: 221).

Argumento digno de toda consideración no solo por la autoridad intelectual del pensador aducido y la coherencia de su enfoque, sino también porque Ferrater Mora compartía con Ayala la desconfianza ante «los efectos del narcisismo intelectual y de las obsesiones nacionalistas», y por tanto estaba libre de sospecha en ese sentido. Carente de tales prejuicios, el filósofo había visto las cosas con superior

rigor intelectual, acertando a llevar el viejo debate hispánico a más aireados espacios: «Ferrater Mora desplaza, en cambio, la meditación sobre España a un terreno más universal que Américo Castro y Francisco Ayala. [...] Esto es, Ferrater sitúa el llamado problema de España dentro del problema de la humanidad actual, del problema del mundo» (Marichal, 1984: 224).

España y su «problema» insertos, pues, en el contexto de crisis general tan bien cartografiada por Ferrater. ¿Pero no era el encuadre del problema de España en más vasto ámbito lo propuesto décadas atrás por Ayala? «La sociedad española —había escrito Ayala en el prólogo de 1962 que hemos venido comentando— habrá de integrarse, quieras que no, en la nueva Europa, en un mundo nuevo, para seguir viviendo de otra manera», y esa otra manera de vivir, en la «realidad fluida» del mundo nuevo, pronto dejaría atrás caducos dilemas destinados a aparecer «a los ojos de generaciones futuras bajo el cariz de obsesiones extrañas» (Ayala, 1968: 137). De modo que la ubicación de las inquietudes hispánicas en la circunstancia mundial, propuesta en términos filosóficos por Ferrater, y la apertura liberadora al mundo europeo, en la tesis de Ayala, apuntaban a análogo objetivo: el de aclarar por fin las cosas diluyendo el doméstico «problema» en más amplia perspectiva.

Sin duda reconocía ya Marichal, pese a los distinguos, el fundamento de la crítica hecha por Ayala a las perdurables obsesiones nacionalistas, tal como puede inferirse del cauto tono con que alude a ella. Con todo, cierta conciencia de malestar por no haber establecido oportunas distancias con aquella fijación, que alentara visiones ficticias de España como lenitivo de orgullos heridos o desahogo de colectivos narcisismos, parece hacerse explícita en un artículo posterior, titulado precisamente «El fin del narcisismo español». Anota allí Marichal:

No es la ocasión de justificar mi propio «narcisismo español»: baste el descargo de recordar mi condición, años ha, de joven expatriado resuelto a no perder su lengua ni su identidad intelectual. Hubo maestros que me aconsejaron no escribir en una lengua *muerta* como el español, pero imprudentemente no seguí sus admoniciones. Como a mi maestro Américo Castro (cuyas prédicas en esta cuestión he continuado) como a tantos españoles más de ultramar post-1939, la tragedia de España nos impedía desviar la mirada de la tierra natal. Pero hoy, en una España rica de inteligencias abiertas, individualmente, al mundo, es menester cerrar, con muchos candados la tradición narcisista (Marichal, 1989: 11).

Al margen de los énfasis y entusiasmos aquí expresados, lo interesante a nuestro objeto es el juicio que Marichal da ahora de la obra de Castro, la cual parece contemplarse, quince años después del fin de la dictadura y en un nuevo y prometedor contexto de inteligencias españolas abiertas al mundo en torno, como un testimonio más de la obsesión que la guerra civil agudizó entre los intelectuales

exiliados: la de asimilar lo que había sucedido en aquella realidad plural, inasible y casi evanescente llamada España.

Lo cierto es que en el fascinante cuanto polémico libro que Castro titulara en 1948 *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*, el recuerdo de las cercanas guerras civil y mundial está muy presente. La crisis general de los valores representados por el progreso científico y técnico era por aquellas fechas un hecho innegable, a la vista del peligro que ese avance podía significar en términos de riesgo de aniquilación masiva, pero resultaba también evidente que el colapso de la convivencia que había llevado a España a una nueva encrucijada gravitaría como tenaz interrogante en las reflexiones que sobre ella se hicieran. Lo primero justificaba, a su modo, la desviación hispánica, iniciada en el siglo xvii, de lo que Castro consideraba la marcha «progresiva» del resto de Europa; lo segundo dejaba a España condenada a su perenne drama y, por tanto, inhabilitada para encarnar valor alternativo alguno. El libro de Castro parece debatirse en ese dilema, porque lo admirable de ciertos valores ibéricos *disidentes* y no *decadentes* tiene como contrapunto el ser estos producto de una coexistencia crítica entre formas de vida inconciliables, abocadas al destino trágico que había marcado a fuego la entera historia de España y volvía a manifestarse con ferocidad en el presente.

Se advierte en Castro el esfuerzo por sobreponerse al consecuente pesimismo. Los pueblos más productivos de Occidente, observa, se vieron libres de malestar íntimo y de autocritica, y en cambio a España le tocó cargar con el pesado fardo de una constante interrogación angustiada, «como si el río no cesara de preguntarse si sus aguas van realmente por donde deben discurrir» (Castro, 2004: 170). Pero el historiador ha de resistirse al tradicional desaliento y eludir pasiones susceptibles de enturbiar su visión clara de las cosas: entender la historia exige «sumirse en ella, y despojarse de patriotismo, lo mismo que de amargura» (Castro, 2004: 171). Y puede ser también útil trasladar la inquietud hispánica a contexto más general para reconsiderar así la vigencia, o incluso el sentido, de los productivos valores del entorno occidental:

La situación del mundo occidental a mediados del siglo xx está lejos de confirmar, por otra parte, los arrogantes augurios de los progresistas y de los creyentes en las virtudes panaceicas de la «ilustración», pues los productos humanos de las más «cultas» naciones europeas están demostrando poseer —en tanto que seres humanos— menos calidad valiosa que los escitas o los garamantas. [...]. Ha desaparecido la dimensión de eternidad (incluso entre los profesionales cuyo oficio sería mantenerla viva), y el hombre no sabe a dónde encaminarse con su balumba de teoremas, células, átomos, remedios y artefactos. La ciencia salva muchas vidas, pero los salvados casi no saben tampoco qué hacerse con ellas fuera de continuar viviendo en forma cada vez menos interesante (Castro, 2004: 619-620).

El unamuniano «que inventen ellos» retumba en estas líneas, y Castro no duda en reivindicarlo, contra sus propias convicciones de juventud, como idea arrancada del fondo de la historia patria y en la que no es lícito ver muestra de barbarie alguna, porque «un pueblo bárbaro no hubiera afirmado siglo tras siglo su conciencia de ser como es, ni habría convertido en angustiada problema esa su manera de ser» (Castro, 2004: 628). Carácter nacional, modo de ser, *alma hispánica* nacida en un prodigioso periodo de convivencia peninsular de las tres religiones al que siguió un atormentado coexistir, tejido de intolerancia y de violencia que habría de dar al fin la victoria al más fuerte, pero al precio de un desgarramiento perdurable. Esa es la huella profunda de la diversidad hispánica en el contexto de un mundo occidental que ha seguido muy distinto rumbo. Según Castro, el pueblo español resultante, «extranjero en su propia tierra» si no lo ocupaba la acción de conquista y condenado a «pulverizarse a sí mismo» de no desfogar sus ímpetus en las nuevas empresas europeas y ultramarinas, haría surgir de tan formidables tensiones «aquella forma única de vida española en que religión y nación confundieron sus límites, un antecedente de los Estados totalitarios con un partido único impuesto por la violencia» (Castro, 2004: 565). ¿Pero no equivale este preceder la barbarie a ser, al margen de inquietudes esencialistas, partícipe en ella?, ¿tan marginal ha sido el caso de España en la historia europea, ámbito de las guerras y violencias más feroces que el ser humano recuerda?, habría podido preguntarse aquí Castro, sobreponiéndose así tanto al narcisismo antes aludido como a complejos de inferioridad y de culpa en el fondo nada ajenos al pensamiento nacionalista español. Y todavía: ¿dónde quedó la primitiva convivencia?

Esta última demanda, acaso la esencial, es la que Castro se hace al redactar en 1969 el texto que servirá luego de prólogo a *De la España que aún no conocía*, publicado por Finisterre⁸. Vuelta la mirada hacia la última tragedia de España, escribe entonces:

Desde hacía mucho venía hablándose de «europeizar» a España, sin darnos cabal razón del tremendo sentido latente en, bajo y en torno a tan extraño vocablo. Las turbias aguas mostraban su superficie, no la fuente ni la hondura de su cauce. Cuando casi súbitamente aquellas aguas se tornaron sangre y dolor inconmensurables, los odios ciegos y pertinaces impidieron razonar lo acontecido. Porque la verdad es que, en los muchos millares de páginas consagradas al tenebroso *asunto*, no se ha afrontado la cuestión en verdad máxima: cómo y por qué llegó a hacerse tan dura y tan áspera la convivencia

⁸ El extenso texto «De la España que aún no conocía» apareció en 1969, en el quinto número de la revista *Estudios Filológicos* de la Universidad Austral de Chile. Castro advierte en nota inicial: «Este trabajo es el prólogo a un libro que aparecerá publicado pronto en México y que está constituido por una recopilación de artículos que he escrito durante cincuenta años» (Castro, 1969: 7). En la edición de Finisterre, este texto presenta alguna modificación —característica del continuo rehacer sus escritos de Castro— y está fechado en Madrid, en junio de 1970.

entre españoles, cuál es el motivo de haberse hecho endémica entre nosotros la necesidad de arrojar del país, o de exterminar, a quienes disientían de lo creído y querido por los más poderosos (Castro, 1972: I, 11-12).

Donde se percibe la anomalía hispánica no es, observa ahora Castro, en su historia hecha de violencia, que al cabo es también la de otros países de Europa, sino en la ausencia de dirección de esa energía; en la incapacidad de generar de sus crisis una coexistencia que resulte beneficiosa y cree aquellos acuerdos firmes «para los cuales la violencia aparece como un medio apuntado hacia un fin, no como expresión o desfogue de un malestar crónico» (Castro, 1972: I, 12). Las razones del malestar hispánico, que han interesado a Castro por encima de otros aspectos históricos (cuadros políticos, procesos económicos, demografía «o lo que sea»), a la altura de 1969 le resultan evidentes: todo modo de vida surgido de la opresión y mantenido con la fuerza no puede sino paralizar a un pueblo y azuzar arbitrarias violencias. Conforme a su célebre tesis, sostiene aquí que la España de las castas en que el cristiano viejo impuso su predominio acabó aniquilando cualquier posibilidad de convivencia al estigmatizar toda forma de alteridad, y ciertamente no suaviza lo radical de este concepto trágico de la historia patria al afirmar que «los españoles vienen matándose unos a otros con atroz frecuencia como resultado de la estructura colectiva creada en el siglo XVI en virtud de circunstancias que muchos están interesados en desconocer, y muy pocos en desvelar» (Castro, 1972: I, 30). Lo que no cae del lado de la mala fe va a parar al saco roto de la imaginación desquiciada, ya que la conciencia de grandeza ha invadido la mentalidad española a tal punto «que incluso en nuestro tiempo ha dado ocasión a fenómenos alucinatorios, y es al fin y al cabo responsable de la ingenua fabulosidad de la historiografía española» (Castro, 1972: I, 31). Tal *fabulosidad* de la hora presente establece sus oscuros vínculos con la actitud de aquellos españoles que en lejana centuria cobraron conciencia de su circunstancia imperial con la mirada vuelta a un pasado mítico, inexistente.

Castro reafirma su menosprecio por la historia como ejercicio erudito y declara que lo que le ha interesado de la de los españoles «es la idea de que se han matado unos a otros sin saber ni quiénes son, ni por qué se matan, ni por qué son tan duros de... convivir» (Castro, 1972: I, 49). Tal incapacidad de convivencia, verdadero *problema* de España, surge y se acrece sin que llegados al primer tercio del siglo XX se hayan comprendido aún sus verdaderas causas. Giner de los Ríos las había intuido en 1905 al situar el inicio de la parálisis hispánica más de tres siglos atrás y Ortega y Gasset volvió luego sobre esa idea, que la Falange del 37 adoptaría a su muy parcial modo. Pero después de la guerra civil, la situación de España no es ya propicia a entendimiento alguno: «Una sociedad integrada por vencedores arrogantes y por vencidos que rechinan los dientes y tascan el freno, no es una sociedad capaz de hacer frente a sus problemas; máxime si esa sociedad ignora el porqué de acontecerle lo que le acontece» (Castro, 1972: I, 57). De ahí que el «triste

y esperanzado diagnóstico» que esbozan estas páginas mantenga, pese al tono censorio, sus distancias con cualquier forma de partidismo perpetuador de la disputa hispánica y eluda hurgar en las heridas de unos u otros: tal actitud podría solo obstaculizar la comprensión necesaria para una futura convivencia. ¿Y qué sentido tendría, por otra parte, responsabilizar de manera exclusiva a cualquiera de las banderías de un mal endémico y de una dificultad secular?

En el último epígrafe de este denso preámbulo a los volúmenes de Finisterre, que lleva por significativo título «Pensando en el futuro», Castro observa con pesar que el panorama internacional es inequívoco: los pueblos de habla inglesa se hallan todos, en el momento en que escribe, bajo regímenes democráticos, mientras que dominan los autoritarios en las naciones de derivación hispano-portuguesa. Y ello sin contrapartida, pues los valores artísticos y literarios que antes adujera como alternativos a los del pragmatismo occidental quedan ahora ensordecidos frente a la evidencia de orden político:

No hace al caso que en tal pueblo sin democracia política haya valores (por ejemplo, de arte o literatura) no existentes en los que eligen sin coacción a sus gobernantes. Ahora solo pienso en el hecho de vivir sin mordaza, con prensa en donde se analice sin trabas la marcha de los asuntos públicos, o sea posible publicar libros tanto a favor como en contra de estas o las otras creencias religiosas, o exponer en la cátedra doctrinas políticas gratas o ingratas para quienes mandan (Castro, 1972: I, 79).

La amarga realidad de esos países sin democracia se impone aquí a aquellos valores artísticos y humanos que Castro ensalzara tantas otras veces al contrastarlos con los de la Europa del progreso. A la altura de 1969 no se han cumplido los vaticinios que al filo del medio siglo tanto y con tan serio motivo alarmaran a buena parte de la intelectualidad occidental: el equilibrio de poder entre las dos grandes superpotencias parece sostenerse, y esto explica que, aun a sabiendas de que el riesgo de una nueva catástrofe mundial dista de haberse conjurado, Castro invite al lector a compartir un prudente optimismo. En cambio, el *mal endémico* de España ha seguido perpetuándose. Cabría preguntarse si las líneas apenas citadas pueden valer por una suerte de muy velada autocrítica; en cualquier caso, matizan su postura precedente. No quiere decir que Castro corrija un punto de vista largo tiempo mantenido y por él considerado clave para entender el problema de España, sino que el ardor en la apología de los valores creativos surgidos de la vivencia conflictiva parece atenuarse aquí frente al peso de las antes menospreciadas razones políticas. Porque la Europa del progreso, la que supo ir encauzando sus energías hacia objetivos comunes, es la Europa democrática abierta al porvenir, pero ¿qué cabe esperar de una España aún carente de bases para la convivencia?

Que este epígrafe sobre el *futuro* lo consagre Castro en buena medida a una amarga reflexión sobre las circunstancias de la guerra civil española dice mucho

sobre lo determinante que a treinta años de distancia sigue pareciéndole aquel desastre para el porvenir del país. La guerra civil es en Castro paradigma de lo español por haber puesto en evidencia una imposibilidad de colaboración entre correligionarios y por la radicalidad de las posiciones enfrentadas, parejas en fanatismo. Ambos factores dan la medida del mal endémico de los españoles, condenados a desconocerse y combatirse mientras sigan obstinándose en vivir ligados a una imagen falseada de su pasado. Liberarse de las «alucinaciones» que determinaron su historia y han marcado el presente es la condición inexcusable para que puedan llevar a cabo objetivos comunes. En las palabras conclusivas de Castro se da a entender que la España por él deseada podrá liberarse al fin de su *problema* solo si es capaz de comprender su error secular y dirigir tanta caótica energía hacia un sensato proyecto de convivencia. Ello le permitirá adscribirse con pleno derecho al orbe de las naciones que en el entorno europeo iniciaran tiempo atrás el proceso de conquista de su libertad.

Salvadas importantes discrepancias, Ayala podía estar muy de acuerdo con esta esperanzada conclusión, a la que también él había llegado por el procedimiento de reflexionar sobre España desde terreno más sociológico que histórico y al margen de aquellos presupuestos nacionalistas de los que, a decir verdad, ni Castro ni muchos otros intelectuales liberales se desprenderían nunca. Al referirse al momento presente en *España a la fecha*, el diagnóstico de Ayala era desde luego más animoso: en su prólogo para alemanes —llamémoslo así— de 1966, declaraba ajenas a España las causas sustanciales del retraso aún existente en la Península, y hacia el final del ensayo mantenía que un cambio venía advirtiéndose a raíz de eventos tan importantes como la solicitud española de ingreso al Mercado Común Europeo, cuyo efecto era el de avivar los anhelos colectivos, promover transformaciones internas e imprimirle al país fisonomía nueva, acorde con el mundo contemporáneo⁹. Para España era aquel el «horizonte donde se dibuja una salida feliz a la pesadumbre de su secular decadencia histórica» (Ayala, 1968: 80). Frente a quienes habiendo hecho la guerra se obstinaban en perpetuar el conflicto, la juventud española se mostraba en sorprendente sintonía con la del resto de Europa en virtud de desconocidos mecanismos generacionales, y en ella se vislumbraba el germen de la España nueva, la que procedería a liquidar un régimen ya agotado y a adoptar las formas de convivencia democráticas propias del entorno

⁹ Ayala no comparte la visión trágica de la guerra civil, sostenida por Castro, como síntoma de una imposibilidad histórica de convivencia. En *España a la fecha* sostiene su interpretación de la contienda civil como infausta confluencia de factores externos que consintieron la irrupción de potencias extranjeras, dispuestas a apoyar a uno u otro bando por razones de oportunismo, e impidieron temporalmente a esa sociedad dar continuidad a una tradición liberal que nada impediría recuperar en el futuro; interpretación también válida para la «anomalía» representada por el franquismo. En cuanto a la favorable alusión que en *España a la fecha* hace Ayala al Mercado Común Europeo, baste recordar las palabras de Castro al respecto, en el prólogo de 1965 a *La realidad histórica de España*.

occidental. En *España a la fecha*, Ayala (1968: 85) creía poder sostener, sin pecar de optimismo excesivo, que en breve tiempo su país experimentaría «una transición no agitada por perturbaciones demasiado graves», que es lo que, como sabemos, ocurrió diez años más tarde. Es decir, que ya hacia 1965 las esperanzas de la intelectualidad liberal habían empezado a hacerse realidad, salvo que España resolvía sus dilemas sin necesidad de pasar por ningún tortuoso proceso de conocimiento; a partir de las propias energías internas acumuladas, no siempre y no necesariamente destructivas.

En el epílogo agregado por Marichal a «El nuevo pensamiento político español» se siente la inminencia del esperado cambio histórico ya desde el mismo título: «Mapa hipotético de la España que viene». Se trata de un escueto añadido, de corte programático y algo disonante con el fino análisis que lo precede, en que esboza su autor un plausible panorama político para la futura España. Marichal (1974: 64) se pregunta si logrará cristalizar en España una fuerza en que confluyan el dinamismo burgués, el socialismo y el impulso solidario «tan valientemente representado por los jóvenes universitarios», esto es, si los elementos más vitales de la sociedad española acertarán a dejar atrás viejos problemas y complejos para construir un verdadero proyecto de convivencia democrática. A juicio de Marichal hay motivos para el optimismo: en «Nueva apelación a la República», texto de una conferencia recogido también en el volumen de Finisterre, sostiene que son ya muchos los españoles que miran hacia el futuro «con auténtica voluntad de convivencia, con verdadero espíritu de diálogo» (Marichal, 1974: 98).

En la década que precedió al fin del franquismo, el libre debate acerca de la esencia de España, su historia y su porvenir no estuvo exento de serias divergencias, sobre las cuales prevaleció la confianza en una transformación que devolviera a España al entorno político europeo al que en definitiva pertenecía. El rechazo del discurso nacionalista lleva a Ayala a una reflexión sobre el porvenir en que, desde perspectiva europea, se superan viejos prejuicios ideológicos. Es esta visión la que lo mueve a plantear reparos a la labor historiográfica de Castro, la cual, más que resentirse de su condicionamiento ideológico, lo asume y articula para proponer una interpretación de España fascinante como pocas y parcial como casi todas. Tal labor, que alumbra un entero pasado histórico, deja espacio al diagnóstico de una España crepuscular y a la inquieta y esperanzada mirada hacia el futuro. Marichal advierte el fundamento de las objeciones de Ayala en su defensa leal de la obra del maestro, subraya el perdurable valor historiológico de esta y aguarda con mayor confianza el advenimiento de la fase histórica inminente. Son aspectos de un debate en torno al sentido del nacionalismo español que los textos divulgados desde México por la colección «Perspectivas españolas» de Finisterre testimonian. Con diverso enfoque, en todos se persigue un análogo propósito de superar viejos problemas y pesadumbres para abrir a España rumbo nuevo en el umbral presentado de cambios ideológicos profundos.

BIBLIOGRAFÍA

- ARAYA, G. (1967): «Evolución del pensamiento histórico de Américo Castro», *Estudios Filológicos*, 3, pp. 7-55.
- (1983): *El pensamiento de Américo Castro*, Alianza Editorial, Madrid.
- AUB, M. y F. AYALA, (2001): *Epistolario 1952-1972*, Fundación Max Aub y Biblioteca Valenciana, Segorbe. Edición de I. Soldevila Durante.
- AYALA, F. (1931): «Sobre el punto de vista español ante la propuesta de una Unión Federal Europea», *Revista General de Legislación y Jurisprudencia*, 80, 159, pp. 53-68.
- (1968): *España y la cultura germánica. España a la fecha*, Finisterre, México.
- (2009): *Razón del mundo*, en *Obras completas, v. Ensayos políticos y sociológicos*, Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, Barcelona. Edición de C. Richmond.
- CASTRO, A. (1959): *Origen, ser y existir de los españoles*, Taurus, Madrid.
- (1965): *La realidad histórica de España*, Porrúa, México.
- (1969): «De la España que aún no conocía», *Estudios Filológicos*, 5, pp. 7-58.
- (1972): *De la España que aún no conocía*, I, Finisterre, México.
- (2004): *España en su historia*, en *Obra reunida*, 3, Trotta, Madrid. Edición de J. Miranda.
- CONNOR, W. (1976): «The Political Significance of Ethnonationalism within Western Europe», en S. Abdul y L. R. Simmons (eds.), *Ethnicity in an International Context: The Politics of Disassociation*, New Brunswick, N. J., pp. 110-133.
- DURÁN, M. (1971): «Américo Castro y la identidad de los españoles», en P. Laín Entralgo (coord.), *Estudios sobre la obra de Américo Castro*, Taurus, Madrid, pp. 77-91.
- GAOS, J. (2007): «La decadencia», en AA. VV., *Retablo hispánico*, Renacimiento, Sevilla, pp. 215-223. Edición de D. Ródenas de Moya.
- GARAGORRI, P. (1984): *Introducción a Américo Castro*, Alianza Editorial, Madrid.
- GILMAN, S. (1971): «Américo Castro como humanista e historiador», en P. Laín Entralgo (coord.), *Estudios sobre la obra de Américo Castro*, Taurus, Madrid, pp. 125-140.
- GÓMEZ-MARTÍNEZ, J. L. (1975): *Américo Castro y el origen de los españoles: historia de una polémica*, Gredos, Madrid.
- MARICHAL, J. (1957): *La voluntad de estilo*, Seix Barral, Barcelona.
- (1974): *El nuevo pensamiento político español*, Finisterre, México.

-
- (1984): *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, Alianza Editorial, Madrid.
- (1989): «El fin del narcisismo español», *El País*, 18 de marzo, p. 11.
- SPITZER, L. (1961): *Lingüística e historia literaria*, Gredos, Madrid.